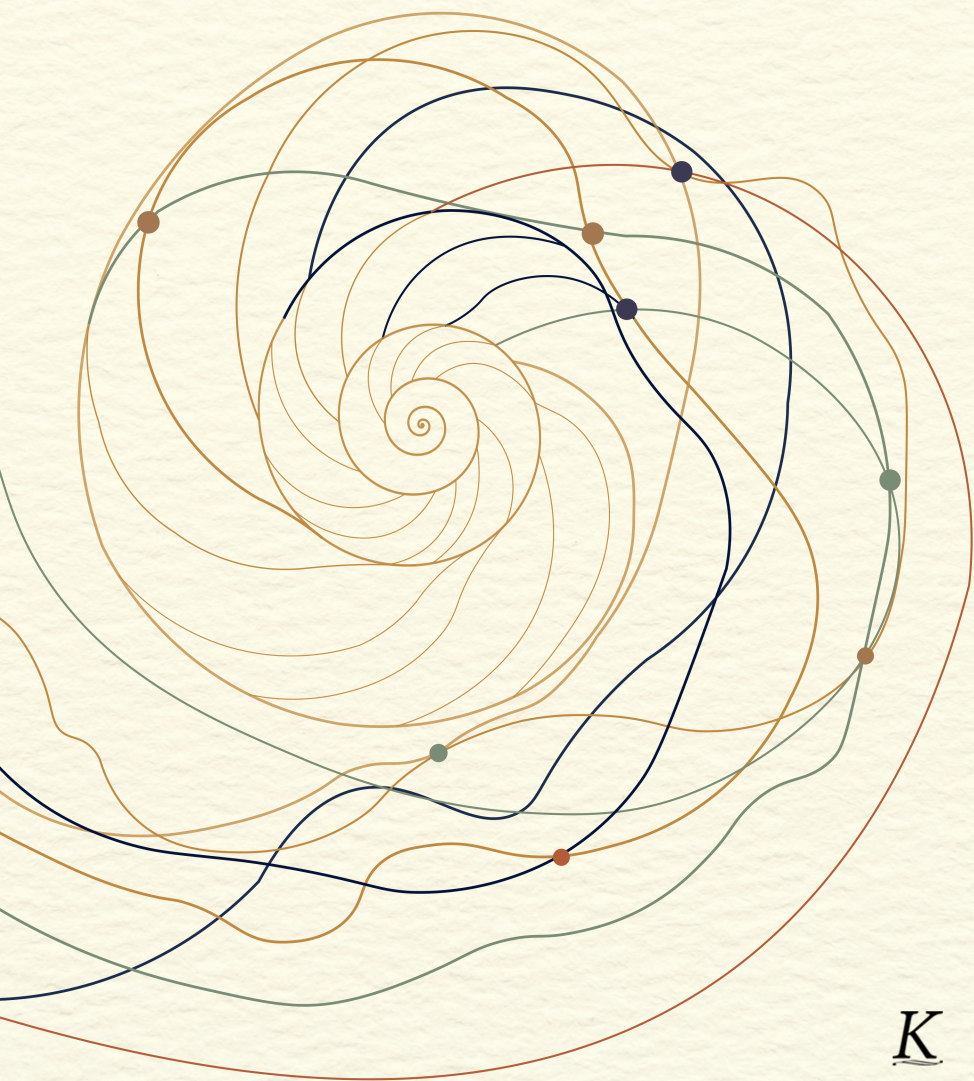


Suspiro que sueña con ser caracol

Un ensayo rizomático

Ana Matías Rendón



Suspiro que sueña con ser caracol

Kumay

Ana Matías Rendón

Suspiro que sueña con ser caracol
Un ensayo rizomático

Kumay

Suspiro que sueña con ser caracol: Un ensayo rizomático

© Ana Matías Rendón

Primera edición: 2026

Kumay

Azcapotzalco, Ciudad de México

México, CP 02050

kumayediciones@gmail.com

ISBN: 978-970-96860-1-2

Derechos reservados conforme la ley.

Hecho en México

Made in Mexico

Contenido

1. Discurrir tiempos	11
La noche naciente	1 1
La hora del silencio	1 6
La alta noche	2 1
La hora del desvelo	3 1
Nocturnal	4 4
La aurora prima	5 0
2. Desencriptar caminos	55
Ciclo horizonte	5 5
Ollin Tonatiuh	6 2
Kinich Ahau	7 0
Kujkyxyëëw	8 0
Canto de 364 voces... ..	8 8
El rastro que nos sucede	100
3. Río que se dobla sobre sí mismo	113
Arquitectura del azar	113
Territorios en entropía	119
Donde termina el refugio	126
Mortaja de pino, hierro y zinc	132
Cicatriz tangencial	138
Ante la velocidad, disrupción	145
4. La vastedad se dilata y el desplazamiento se tensa ...	153
Tropel de contingencias	153
Transitar veredas	159
Caminar la liminalidad	164
Narrativa acrónica	172
La superposición de las veleidades	178
El caracol sin tiempo	190

Antes y después:
Miguel

1. DISCURRIR TIEMPOS

La noche naciente

El problema es empezar, cuando todo está iniciado. Nos encontramos en un terreno inestable e insomne, que nos dice que pensar el principio implica aceptar que partimos desde las fantasías. En los pliegues del universo, un semblante entre sombras emergió para crear el registro, mientras yo me consumo en dudas para continuarlo. Este es el instante perfecto. Las estaciones se otean los rostros, el pasado y el futuro se observan con desvelo, el momento-lugar en que los espacios se desvanecen y los tiempos devienen en meras ilusiones del fluir de los ríos. El desplazamiento ha parido el tiempo.

Las concepciones espaciotemporales son un entretenimiento cruel que nos extravían, una tozudez en la desavenencia de sus naturalezas que han estado unidas sin recelo, aunque, tal vez, las hayamos malentendido.

¿El tiempo existe? Es una nominación que nos aprisiona. Existen desplazamientos que son posibilidades, sin embargo, nos han hecho creer en el tiempo, una entidad que se remueve en el infinito, una ficción impuesta que nos encadena, al unísono que se muestra entre nomenclaturas y juegos de palabras.

Nos han hecho prisioneros de las ensoñaciones. Dentro de las tinieblas, el deslizamiento sin fin revela la ausencia del cumplimiento de los deseos y desenlaces. En los nudos de la red se hallan las claves para entender, sólo debemos comenzar un nuevo camino, el camino de los desterrados del tiempo y, quizá, de los espacios. Navegantes malditos sin origen ni destino, del mar incierto; errantes eternos de un desierto impreciso, de un mundo inseguro, en donde un lugar se convierte en un no-lugar, ¡prepárense para partir! Desterrados envueltos de discursos que gimen angustias y suspiros, manifestaciones de una rebelión contra lo que ha dejado de existir porque hemos dejado de creer: ¿siglos, años, meses, semanas, días, horas, minutos, segundos?, ¿qué significan?

Una historia repetida tantas veces se ha vuelto una verdad, un océano, cuya superficie es una lámina imperturbable, apenas interrumpida por las ondulaciones suaves de una respiración dormida bajo una sábana de satén, conteniendo el suspenso, como las grandes novelas, hasta que un explorador encuentra las ruinas que

pretenden cambiarlo todo, hasta que una traidora a su lengua ha hecho de las suyas, tropezándose sin querer con los tiempos y espacios de otro idioma. Surca, así, entre malabares de letras que forman y reconfiguran, en medio de ambigüedades, enigmas, equívocos y tergiversaciones, que se mezclan sin ritmo ni tono. Siglos de confrontaciones, negociaciones perdidas y amistades truncadas, al final de la guerra, se revela que la pugna se originó por hallar el mejor relato. Este es nuestro mundo, tiempos urobóricos, ¿o no?

En un nanosegundo el sentido cobra su mayor potencia, en eso que han llamado “diminuto instante”, la multiplicidad explota para afirmarnos la escenificación de los astros. La comprensión se alarga, se alarga, ha sobrepasado el tiempo tardío, desapareciendo las huellas de los viajeros; la precariedad es todo, ¿es momento para recoger las ruinas? Protegidos por la candelilla de la palabra, (lxs) caminantes nos sumergimos en la oscuridad. Damos la espalda a esa pequeña luz que se asoma entre las penumbras. Parece un acto nostálgico, una derrota, sin embargo, es una condición. Esto es, porque poco está escrito, pero abundan las obviedades. Existen invenciones de grandes entusiastas, mas poco iluminan a los grandes lectores del universo. Estamos rodeados por las ruinas de nuestro mundo, parados sobre la *epojé*.

El espacio ligado con un lenguaje (o varios) expresa su territorio, el tiempo también tiene su región. El cosmos se expande y desliza. Caminaré entre las tormentas de los bosques, las inclinaciones de las colinas, los valles olvidados y el asfalto de las grandes ciudades por siempre, seré sombra entre las sombras. Renunciaré a todo y aceptaré las cornisas de lo que podría haber sido y será. Aquí y ahora, guardo los pasos indigentes y persigo a los primeros viajeros, migrantes sin lindes ni obsesiones. Lo haré, porque los miedos que me persiguen son infinitos acreedores de mis desgracias. Caminante, te pido, me acompañes.

El espacio es una apertura que se manifiesta en modulaciones temporales de los lugares que cambian de geografía, clima, vegetación y seres, porque es el mayor modo de subjetivación. ¿Qué somos en relación con el espacio-tiempo? Topos elucubrados con el tiempo; un topos, hurgando en oscuras palabras; un topos, conjunto de sombras y números que se disuelven en ecos lejanos; un topos creado desde la nada, desde las ansias de conocimiento, cuando el ser lo era todo, imaginando esencias y sustancias, categorías y jerarquías que aparecieron prestas; *episteme* y *doxa* que se alejaron, se negaron a verse de frente, hasta que fue necesario por el bien mayor, de tal modo, que los objetos se revistieron en sus adentros, de esencias; muy adentro, donde fueran intangibles.

Las topologías desfiguran el ser bajo la piel de un espacio desconocido, pues ¿acaso no son estas las que en realidad discurren entre los tiempos del conocimiento? Topo-logías, un *logos* que busca romper las fronteras. Durante siglos hemos aprendido un orden del discurso que nos ha encaminado por el orden del tiempo, cuando tuvo que seguir el del espacio, construyendo un binomio que fue domesticado en el espacio-tiempo. La connivencia espacial es la que nos ha perdido entre sus movimientos, mientras el tiempo se vuelve una reduplicación especular; evitemos perdernos en la reciprocidad.

El tiempo sabe que la quietud ha terminado. El mar, con sutileza, comienza a desperezarse, en el suave vaivén existe una urgencia nerviosa. Desvistamos el sistema, la esencia de los objetos, porque esencia y sustancia fueron una hermosa ilusión. Las olas, apenas montículos incipientes, se elevan a un ritmo diligente. Viajero, preparémonos para timonear, deshagámonos de la nostalgia, esa melancolía antigua que pesa cual monolito. Previo al extravío, los estragos abren un sendero sobre los desiertos, pues en el viaje, los primeros incrédulos se hicieron presentes como ánimas en pena. Esta es la espera eterna. El cielo indeciso, entre el violeta nocturno y la promesa grisácea del alba, se refleja en el abismo de la oscuridad. El sonido del mar está ausente, hay un murmullo, una vibración que es

una potencia latente. Ahí, el alma dispuesta a conocer el ser de la naturaleza, sucumbe a un alma espiritual.

La hora del silencio

Al proemio de la topología, una idea errática se desplegó, cual nube cubriendo la cúpula celeste. El velo se extendió para evitar que leyéramos un lenguaje que se alejaba de los misterios y nos reconocía como parte de sus entrañas. El origen, lo bautizaron. Sin embargo, jamás nació, fue una torción que se enmarañó en sí misma, un invento sin cálculo preciso, cuya pretensión fue unirse a la teleología. Hallar un principio y un fin, fue el sueño serpentino que se convirtió en línea recta.

A los fragmentos del origen, recopilados en papiros, maderas y piedras, se conjuntaron los más osados viajeros y sedentarios. El conocimiento se volvió una expectativa y la materia encontró la esencia que la cubrió. Un sabio postuló que flotamos sobre el agua, mirando al cielo. La orilla del mar, en ese momento, fue un concepto distante y, el agua profunda, una hipótesis para la tierra firme. Otro pensador más, se aferró al aire dinámico, dilatado, constante. Anaximandro, por su lado, cantó el *ápeiron*, alejado del principio y creando el abismo, mientras Heráclito susurraba el tiempo en el río, gritando desesperado que jamás se repite, pues *no somos los mismos*.

Agua, aire, fuego y tierra postularon los filósofos, cuatro elementos, cuatro causas, cuatro caminos que se cruzaron para asentar la materialidad. El átomo se hallaba en lo profundo. ¡La vacuidad y los átomos son materia invisible, pero al fin material! Aún eran incipientes teorías y ya se ahogaban. Una brisa, ligera como la duda, rozaba la superficie. La fricción fue mínima, pero suficiente. El mar se estremeció.

Parménides, cuyo *pathos* por el ser, contagió el virus, berró: ¡la verdad, la verdad! ¡La verdad es el ser!, excluyendo así el apare-cer para que la patología se volviera canon. El filósofo que rechazó el cambio contradijo desde el silencio, ahogando los gritos de un viejo desesperado por su río e instaurando al ser inmutable, indivisible, único y velado por lo físico. ¿Dónde quedó el lenguaje diverso del cosmos? ¿Acaso se funda una nueva lengua o la desvían de su cometido? ¿Qué es conocer?

El conocimiento emerge de las olas aprestadas en la formación de las orillas, ¿es unidad?, una ilusión que tendrá que adueñarse del poder para ser válida, porque es una disonancia entre el fuego y lo que será lo indecible. Si el camino se desvía de las reglas de la lógica es inválido; si al hombre le falta valor para erigirse por encima de los demás, ha errado.

Brotan las primeras arrugas en el océano, surcos enjutos que capturan la luz naciente y la vuelven un

diamante. Un diamante. *Logos* es razón. La invención de la razón está unida al camino de la epistemología, ¿podría ser de otra manera? El ser se apunala a la modernidad, sin prisa y accidentado. La riqueza, sin embargo, reserva sus brazos, privando a los pobres de calzado y bienes que también surgieron como paladines de las virtudes éticas. Los buscadores de la verdad sacaron entre sus congéneres más risas que reflexiones, pero fueron acogidos por la historia para influir en los siglos venideros.

El Idealista fue el arquitecto de las alturas. Estados que fueron procesos del saber, devinieron en verticalidad. Lo culparon de negar la vida y el cuerpo, puede quedar exculpado, porque su responsabilidad murió con él, en tanto sus fanáticos lo reinventaron para sus propósitos. En su caverna, los encadenados rehúyen del pensar, conjeturan; al salir ¿lo hacen? Los hombres deslumbrados por el astro solar creen conocer, aquellos seres de dialéctica destinados a gobernar una república inexistente tienen sobre sus cabezas un cielo cobalto. Los hombres de dialéctica tampoco piensan, recuerdan. El pensamiento se va derramando, el mar se extiende. El agua azul insondable y serio, peregrina hacia la costa en una imposición ineludible.

La Verdad, exiliada de la tierra, habita en el *Topos Uranos*, condenándonos a vivir en medio de las sombras de la invención. El conocimiento se convierte en

nostalgia por la tierra perdida, el lugar de nacimiento que, cree, ha perdido; en consecuencia, la epistemología deviene en una liturgia del retorno. Reencarnar es la ilusión del alma. El alma asciende no por el mundo, sino a pesar de él, por ello, conocer será morir; renacer, olvidar. ¿Arquitectura de las alturas? Una arquitectura del eclipse. El sol está en su esplendor, ilumina los valles, irradia las ideas, mas carece de la precisión para alumbrarnos, pues requiere ser devorado. El sabio inventa el Mundo de las Ideas para ser el lugar del exilio, huyendo de lo real. Vayan ahí, los privilegiados que han podido escapar de sus penas.

Forastero, te pedí evitar la nostalgia, pero a veces, la mirada se consagra en el horizonte y la gran Lethe nos elude. Embriagarse del ayer es una forma en que el presente hable sin miramientos.

Un acta de nacimiento. Se fundó, así, el proceso del conocimiento encumbrado. El discípulo afila las formas y el cuchillo, para una taxonomía del ser; toma los cuerpos para disecarlos, ¿por qué el cosmos se salvaría de su destino? El saber aristotélico es una anatomía diseccionada. El universo se reviste de categorías, un cuerpo cortado por la lógica, que funciona como la cuchilla de hierro, separando la piel y el recubrimiento del corazón, donde todo latía junto, ahora se diferencian las arterias, las carnes, los embriones, los órganos. En su afán de examinar cada minucia, el Estagirita delimitó

el movimiento a métodos de conocimiento. En el reino de la lógica resuenan fundamentaciones perdidas en la bruma, una verdad que la razón consume. La razón inventada por *otros*, hoy incuestionable. La sinrazón también fue su invención; es antítesis. Fundar la lógica, la ciencia, dividir el mundo, fue un principio de contradicción. Los archivos del conocimiento entierran el cosmos.

La paz del estoico lanza el puño de tierra a la fosa del fallecido. ¡Mueran Aristarco y Seleuco! Ya estaban muertos. En la lucha por el heliocentrismo y el geocentrismo ganó la mejor narrativa. La *episteme* es un orden. La *episteme* era *logos*, también su cárcel. Ptolomeo sube a las alturas, en donde aprecia el cielo en calma. Las esferas concéntricas, en cuyo vientre se apostaban los cuerpos celestes, parieron una tierra estática que cubre los océanos. Los conocimientos de los antiguos sustentan la matemática en su lecho de carbón en espera de ser encendido para encontrarse con la totalidad; su matemática, que, igualmente, permitió la narrativa geocéntrica porque explicaba mejor su mundo. ¿Y el ser? El alma se prepara para dejar de conocer y comenzar a creer, porque cuando la razón se ha ido, la fe la sustituye.

Al incendiarse el faro del conocimiento por codicia o descuido, batallas o mitos, el simbolismo resalta en una historia que se construye lineal. Los fragmentos

incendiados que se recopilaron, paradójicamente, flotan sobre un mar sin orilla y sin bitácora de retorno, naufragan en la memoria sin recuerdos, hasta que decide que la remembranza es también un asunto de reinención. El espacio y el tiempo jamás han sido nociones neutrales, lo dijo varios siglos después el arqueólogo del saber, ¿qué es el universo sino espacio-tiempo?, debemos esperar para entenderlo.

La alta noche

Entonces el Verbo se hizo eco, la tierra se trastocó en la totalidad y el saber devino en rezo. Un briago escucha a Dios y los placeres mundanos, junto con la vida disipada, se convierten en pecado. ¡Traigan de vuelta a Platón y Aristóteles! El beato doctor hace que los silogismos se sostengan por los ángeles. La guerra justa también será un silogismo, uno peligroso, pero efectivo para el *Mundus Novus*. Los santos y filósofos pactan. El intelecto busca la verdad en el Altísimo; el alma se aleja del conocer, quiere creer. El conocimiento justifica los misterios del creador del universo, convirtiéndose en una forma de humildad, mientras las virtudes éticas se vuelcan en valores morales. La transformación del agua a la tierra, permite sentir los vientos anidados.

El infinito se recluye en un espacio cerrado. La voluntad divina escapa al tiempo y ata a las personas

al cambio. Las esferas concéntricas toman posición jerárquica de acuerdo a su nobleza, asimismo bondad y posición bélica-económica conciertan. La tierra es sedentaria, porque somos instrumento del deseo etéreo. La Verdad es trascendencia incuestionable; la razón, su sierva. La pregunta filosófica se ha perdido, cuestionar es un asunto del demonio, dejar de interrogar es asistir al lecho moribundo, pero en las grietas de la teología, brotan resistencias, herejes amenazados por la hoguera y una que otra espada: Eckhart, Abelardo. ¿Y las mujeres? Las mujeres sabias son acusadas de delirar, un vulgar *delirare* que se ha desviado de su curso. Tarda en romperse el espejo, pero al fin lo hace; tiene que suceder lo impensable para quebrar las ilusiones.

El clima se agria, el cielo se cierra, la luz es devorada, el ambiente sostiene un vendaval. El mar responde a la agresión con su propia furia, las olas se levantan para desafiar a la tierra. El seno es insondable, oscuro, aterrador y la cresta, que empieza a erizarse, se espesa por la mezcla violenta con el aire. El océano ruge. Es un sonido gutural, un alarido que viene de las entrañas de quién sabe dónde. Las embarcaciones surcan los mares. Las aguas chocan con las aguas, caóticas, desordenadas. La danza se despliega. Las crestas son arrancadas por el viento, creando una neblina salina que difumina la tierra firme, pero está ahí, faltan sólo días.

La orilla que esconde a la tierra arrogante se va haciendo visible. El agua la percibe como un obstáculo. La marea es de una veleidad caprichosa, muestra el extremo de su carácter y la volatilidad de la voluntad. El mar necesita de la roca para definir su propia forma, para morir y renacer. La ola más grande, la reina de esta procesión, levanta la bandera, alcanza su punto máximo frente a un muro de cristal verde-azul traslúcido, coronado de espuma sucia.

El *Orbis Alterius* entra en escena por la intrepidez de un cruzado. ¿Cómo explicar este mundo nuevo? ¿Por qué al otro lado del espejo quebrado parece que una figura se ríe? ¿Cómo podrían existir personas creadas por Dios sin haberlas atendido en los libros sagrados? Estas personas escapan al orden, además son heréticas. Dos hojas de una navaja, dos rostros, dos mundos se miran, pero jamás se entenderán. El único lenguaje que los ha conjuntado es el de la guerra. Lo caótico es el lenguaje del universo, también falta tiempo para entenderlo. Tiempo es lo que necesitamos, viajero, para comprender su inexistencia.

Es el momento de máxima tensión, el segundo antes del preludio de la sangre, el puño levantado justo previo a descender. El encuentro es violento. El mar embiste la tierra. El sonido es un trueno, una explosión que hace vibrar el suelo bajo los pies de quienes observamos. Las olas se desintegran, se deshacen en

un instante de confusión. Toneladas de agua golpean contra los acantilados de granito que se desploman. En esta región reside la catarsis, el mar se libera después del viaje y la espuma salta hacia el cielo, blanca y ciega, intentando aferrarse a la roca, buscando grietas por donde ingresar. Una vía sacudida no, necesariamente, debe ser interrumpida. Hay rostros que se niegan a cambiar, son testarudos y temerarios, llegarán al final de las consecuencias.

Viajero, ¿por qué iniciamos por esta senda? Teníamos que empezar por un lugar y momento, además esta es también nuestra herencia hecha de *una red de agujeros*. Ojalá hubiéramos encontrado en el *Amitābha* o el *Chi* un refugio, sin embargo, tampoco la suerte les ha sonreído de manera constante. El mundo es caos, insisto. Nos encontramos en el ayer y el futuro. Esto tiene un propósito, cuestionar y renegar, como aquellas mujeres que la historia borró, en una batalla de contra desgaste.

El Portador de Cristo llevó a su dios, a través de los mares, a la *terra nova*. Los nativos habían llegado primero, al conocimiento del universo también. Aquí queda, sin duda, la bifurcación de nuestros caminos, el de tus antepasados y el de los míos. Los especialistas es lo que podrían llamar el “momento de coyuntura”, sin embargo, me he comprometido en hacer mío tu sendero, por elección ética y un cariño que brota de mis arrepentimientos.

Aventureros, capitanes y frailes, al desembarcar en tierra nueva, traducen las metáforas del cosmos en dioses paganos. Lo *jamás visto* es lo jamás comprendido, las maravillas no son otra cosa más que deslumbramientos. Posesiones y nombres brotan cual frutos silvestres, nombrar o, más bien, renombrar, se volvió sinónimo de posesión y abrió heridas que siguen sin sanar. En esta época se acentúa la más profunda de las obsesiones: los límites.

La nostalgia por el *Mundus Vetus* se solidifica, así la tierra se pliega sobre sí misma y el mar se vuelve puente. El mundo viejo parece ganar porque se extiende, pero el océano, igualmente, es paciente y cruel. En cada golpe, en cada estallido, el mar se lleva un fragmento de la tierra, un grano de arena, una lasca de piedra.

Copérnico, Bruno, Galileo, Descartes. Sí, esta historia se desenvuelve en la de los hombres, pero entre los pliegues nos encontramos las demás. La razón que busca la epistemología será repuesta para que el universo comience a moverse. ¡Algarabía! La iluminación se ilumina. El astro mayor retorna en un aura incomprensible, a la vez que intenta deshacerse de los últimos rezos que se encajan en la *scientia*.

El racionalismo asienta las bases científicas, un método infalible es todo lo que necesita y lo postula, a la vez que reniega de la *res extensa*. El hombre niega su alteridad, funda al sujeto que duda, como el que conoce.

El *cogito* es espejo astillado que refleja al que se mira a través de su cristal. Las personas imprevistas son negadas. Ahmed será una gran respuesta de nuestra era, el yo que es la mujer que conoce, una sujeta *corporizada*, en donde el conocimiento es múltiple.

El empirismo pretende romper la salvación creada en el soliloquio, su intento es fallido, es que algo ha cambiado, la pregunta filosófica sobre el conocer se ha desvanecido, ahora son las condiciones las que lo hacen posible. El mundo se torna fenómeno y, la razón, tribunal. Spinoza lo ve todo en Dios-Naturaleza, los atributos infinitos de la única sustancia, el orden de la realidad está contenido inexorablemente dentro de este, operando bajo una necesidad absoluta. Hume, en cambio, lo disuelve en hábito. Al creer en la existencia continua del mundo externo, debemos dar cuenta de que no hay prueba racional ni empírica directa de una conexión necesaria entre dos eventos. Leibniz, por su lado, postula las mónadas, base de la realidad. Kant concilia, colocando el punto de sutura sobre la llaga para zanjar la cuestión, así el mundo es totalidad, universo, tiempo y espacio, trascendencia, por ello, aunque el caos está presente, existe un juicio supremo, impulsado por la libertad de la razón que busca el bien moral. ¿Libertad ética? El conocimiento se vuelve geometría de la soledad, una tierra extensa y árida. ¿Cómo se *sostiene nuestra soledad sin escudos*? Pronto ellos lo descubrirán.

El axioma: la cristalización de la verdad. La tierra gobierna sobre los mares, la verdad resiste a la vida, pero sirve al poder. ¿Cuál es la mejor forma de controlar a los pueblos? Siglos lo han expresado al derramar la fuerza. A pesar de que el universo se mueve, la tierra reina inamovible y el mar busca sus cauces.

Comte construye un nuevo santuario, ¿estamos en medio de las ruinas o somos ellas? El hábito de edificar templos sobre las causas dormidas es un capricho y una terquedad. A veces la intuición, como hipótesis nebular, se aventura cual deducción de la armonía, en este sentido percibir una irregularidad es el reflejo de nuestra búsqueda por el orden de las distancias. Así, la ciencia se vuelve sacerdotisa de lo racional y lo empírico. Newton decodifica el cielo, entretanto el saber se cuantifica, se pesa, se reproduce. Lo intangible es destierro. Bentham vigila, Mill calcula y el mundo deviene en datos. La epistemología es un laboratorio carente de neutralidad que actualiza al mito del origen.

El mundo vestido de certezas, atrajo el impacto y la época de la retirada. El mar indómito sufre el descalabro, a la bravura de las olas le urge regresar, por ello, inaugura la fase de la resaca. Las aguas se arrastran de vuelta, entre las rocas afiladas, sobre la arena mojada, a través del sonido sibilante. En el momento del agotamiento, la furia se vuelve sobre la tierra y las guerras se expanden. Independencias y contra monárquicos ace-

chan. El arrepentimiento pesa sobre los espíritus. La espuma busca quedar varada en la playa, cualquier playa, cualquier sistema, cualquier gobierno. El agua que regresa al mar va sucia, cargada de sedimentos, turbia. Ahora lleva consigo la tierra que arrancó.

El relámpago de la sospecha cae desde los abismos de las cimas. La danza se asoma entre los rostros serios que se niegan al festín del mediodía. El filósofo del martillo irrumpe como centella. Adiós a los hechos. Las máscaras olvidan sus rostros. La verdad, la historia, la ética, se vuelven voluntad de poder, y el saber se convierte en una danza dionisiaca sobre el precipicio. El filósofo deja de pensar para componer pasiones. El conocimiento es creación estética, genealogía, un martillazo. Contra la ciencia como dogma, Nietzsche canta la potencia del devenir.

¿Aforismo o poema? Pensar es la torpeza del cuerpo, los grandes pensamientos giran, tropiezan, se deslizan ebrios de sinsentido. Bailar es pensar con los pies. El cuerpo pensante, el cuerpo piensa, el cuerpo somos. Fenomenología que debe superarse a sí misma.

Pero... más allá, una rivalidad de las aulas académicas exige nuestra atención, oficialidad y marginalidad, cosa corriente. Uno de los gladiadores sale airoso, para pontificar sobre leyes e historia. La *fenomenología del espíritu* atraviesa cual flecha del tiempo para indicar la dirección a seguir. ¡El progreso, el progreso! ¡Ay

de aquellos pueblos, cuya memoria se resiste a la historia universal! La otredad es un fastidio que hay que erradicar. El poder y la filosofía en ocasiones difieren, cuando la segunda ha salido de paseo, porque entre sus obsesiones está la de dominar, por ende, a veces, se confunden.

La gravedad reclama lo que el viento eleva. El mar cura las heridas de la tierra que él mismo causó. Hay una suavidad triste en la forma en que el agua vuelve a la calma, dejando la arena lisa, borrando las huellas, limpiando las coyunturas y los cuerpos de los caídos, que lo obligan a aceptar la derrota momentánea. El mar todavía evita conquistar la tierra, la tormenta tampoco ha permitido salir al sol, el suspenso se mantiene, sin embargo, algo es claro, la retirada siempre se lleva algo consigo, nunca vuelve vacía.

Husserl sentencia que, al volver a las cosas mismas, encontramos la conciencia como intencionalidad. La plena adecuación es la aparición del objeto mismo por mi intencionalidad. La intencionalidad del yo es lo que le da realidad al mundo, si acaso también vida. Lo que está relacionado con el ego, conmigo, es existencia para mí, cada cosa está dentro del contenido universal y es real; lo que significa: estar insertado en el mundo espaciotemporal. El mundo todo lo abarca, ahora ya no está simplemente ante mí, me engloba y me contiene. ¿Cuándo el otro se vuelve yo? Cambia la posición

entre la realidad y el yo, el *cogito* deja de ser causa de la realidad, es la realidad la que crea al yo. El otro aparece como parte de la experiencia. El yo se apropia de los otros, sólo que la otredad sigue siendo un misterio. La inferencia lógica será la heterofenomenología de Dennet.

Heidegger negará la conciencia, pues somos apertura, ser-en-el-mundo, arrojados a un claro entre velos. Merleau-Ponty piensa con la piel, la carne, los afectos, por lo tanto, el saber se encarna, es tacto, visión, intersticio. Simone de Beauvoir responde con el cuerpo sexuado. La arqueología de las fisuras se anuncia como esperanza.

Foucault arquea el saber en el dispositivo de poder. Cada verdad es un régimen; cada régimen, un gesto de exclusión. Derrida desarma nuestro lenguaje, sin un eje, se trata de un juego diferido. La verdad es traza, suplemento, archivo. Por su lado, Lyotard anuncia el fin de los metarrelatos, entonces se escucha en el fondo del túnel, una risa cruel y divertida; el saber se disemina en micronarraciones. Deleuze y Guattari proponen lo que estaba ahí, hacía siglos, en otra parte: “pensemos en rizomas”. El conocimiento deja de ascender, para proliferar, hacerse maleza en una tierra sin origen ni destino. En medio de esta historia hay una sombra que se esconde. Cada que la filosofía y la razón intentan salvarse de su servilismo, atrae una nueva apertura a

los avernos. Las fisuras y deconstrucciones, lejos de advertirnos resultan modos de sujeción.

El saber, en la actualidad, se dispersa en un tejido de redes, códigos, algoritmos y espectros. La impresión de los conocimientos ha cedido su lugar a la transmisión de imágenes, gifs, TikToks y post, en esta medida, los *likes* justifican la posverdad. Los algoritmos predicen las respuestas y explican las complejidades, enseñan sin comprender, mientras las inteligencias artificiales responden sin permiso. El sujeto se fragmenta en perfiles; el saber, en metadatos. Tampoco se piensa, se rastrea. El descubrimiento es recomendación y, la epistemología, enjambre, así, el filósofo se transmuta en un descifrador de signos. La tierra soporta el embate nocturno en silencio.

La hora del desvelo

Construir el conocimiento, eso hemos hecho, y nos hemos ufanado. La teoría, la morada de los antiguos, es una reducción, un conjunto de funciones creado en su eterna prisa por el conocer. Este *topos* se alza matemático enigma, en tanto, sus escribientes y lectores especializados guardan reverencia al reino *scientia*; para los herejes, cada *topos*, encierra un signo arcano. Las matemáticas construyeron las teorías, conjuntos y funciones, en un espacio topológico y

tropológico; aperturas y propiedades, pretenden analizar y entenderlo todo.

La incognoscible certeza es que el universo es totalidad, somos totalidad y mientras más pretendemos escaparnos para conocer, el retorno también se desvanece. El azar es fundamental, tanto que nos hemos perdido en la certeza, cuando debimos concentrarnos en la danza de los abismos. Laplace soñó con un dios geométrico, sin embargo, su sueño duró el pestañeo de Heisenberg al despertar. La incertidumbre está lejos de ser ignorancia, pues es constitutiva, más que huir de ella, hay que profundizar en sus entrañas.

El reposo absoluto es inexistente, es un simulacro compartido entre observadores, así el tren, la vía, la estrella y el gran ojo que observa, bailan dentro del delirio de coordenadas que se superponen sin jerarquía. Galileo ya lo intuía, pues el movimiento se va negociando. La imposición es parte de los ensueños. Newton lo reglamentará y Einstein lo disolverá. Sin vacilación, habría que afirmar que la física es un tratado de diplomacia perceptual, pues no existe una posición objetiva, hay miles, todas verdaderas, todas falsas. La materia se curva, el espacio se comba y, nosotros, pasajeros del universo, confundimos trayectorias con destinos. Así, la geometría dejó de ser la cárcel de los cuerpos, es el efecto de sus danzas.

Las inspiraciones mitológicas fueron un ensueño que nos han permitido llegar hasta este punto. Existe un tejido ingenioso, cuyas hacedoras han jugado con el destino y las partículas, un telar de moiras cuánticas es un universo rizomático, que nos ha traído a las aproximaciones posmodernas del cosmos. La serpiente que se ha desenrollado es un ciclo eterno, cronotopo que se reinventa en su mordida. El sueño de Cronos se envolvió de cartografías, dios que se ha ido desvaneciendo.

Las cartografías han multiplicado los espacios, han creado más sobrenombres. Cada espacio es una habitación. Nos encontramos en una, en algún punto somos parte de alguna para habitarla. En las habitaciones duermen los instantes, espacios-tiempos que son un hogar secreto, momentos que se resisten a ser, momentos que fueron. La piel de la memoria detiene un suspiro, me recuerda que el espacio es tibio y, el deslizamiento, una caricia.

No obstante, una habitación es un encierro, una declaración de origen y conocimiento limitado. Un rizoma, en cambio, es una posibilidad infinita de origen, lo dice el físico de la torsión, un centro sin centro, un vientre sin principio ni fin, en donde la proliferación de centros es lo evidente. El mito newtoniano está desarmado, Hawking nos arroja a la relatividad del punto, al juego de la dispersión donde cada coordenada

puede proclamarse centro y ninguna puede sostenerse sin titubear. El universo, simplemente, aparece. ¿Qué significa “antes” si el tiempo mismo se escapa en su génesis? El *Big Bang* nos sostuvo un momento como un disparo inaugural, sin embargo, es una singularidad en la gramática del ser, un pliegue en el que el tiempo se vuelve ilegible. Así, el tiempo antes del tiempo no es tiempo, sino otra cosa, una exterioridad radical que escapa al *logos*. La metafísica se derrumba como una blasfemia, la fórmula se vuelve lenguaje que puede nombrar y explicar el mundo. Los positivistas intentaron exiliar a la metafísica, encumbrando a otra. El lenguaje es limitado, el de la humanidad, a menos que cambiemos el rumbo.

Probablemente, también surge una distorsión entre la organización del espacio y la nomenclatura que la ha hecho surgir. ¿Cómo imaginar el universo sin borde? Como la superficie de una esfera finita, pero sin orillas. Hawking y Hartle postularon esta topología metafísica, ¿o simbólica? El universo como una totalidad autocontenida, sin necesidad del afuera, sin la división del sujeto cognoscente y el mundo, por supuesto, porque si no caemos, es porque no hay dónde caer. Más allá del tiempo inventado, domesticado por relojes, existe el tiempo imaginario, donde el antes y el después se funden en un instante esférico sin borde. Las ecuaciones lo permiten, los sentidos lo niegan. En

este tiempo sin cronología, las historias se superponen. Hawking lo propone como un truco matemático, nosotros lo podríamos reconocer como una dislocación radical de la presencia. El espacio carece de orillas, como un libro que se reescribe en cada lectura, sin comienzo ni final.

Las leyes pretenden emerger del mundo, sólo que a veces se engañan, porque el *ego* cree que puede entender más que al *alter ego* como parte de sí. La condición de contorno es la ausencia de condición. Sí, lo sé, viajero, parece que sigo con el juego de palabras. Guarda silencio y escucha su lenguaje, porque el nuestro está limitado por lo que podemos conocer: la historia del universo es una fluctuación, un vaivén constante, la respiración del océano, una inhalación y expulsión sin descanso, en la que cada relato intenta descifrarlo; ciencia o no, cada uno intenta encontrarse. Esta fluctuación sin causa, tampoco tiene un efecto específico, existe la narrativa sin narrador. Todos somos, simplemente, siendo.

La ilusión del tiempo cae, las manecillas, los calendarios, se diluyen, han sido un accidente. La teoría de la relatividad comenzó la herejía contra el absolutismo que sigue sin terminar. Cada reloj canta su propia melodía. El universo está repleto de música, ¿por qué nos resistimos a la danza? Baila conmigo, viajero, que en esta noche eterna, la iluminación es un

instante imperfecto. ¿Qué es el presente si está a ocho mil millones de años de distancia?

Virilio contraatacaría, lo entiendo, la velocidad es más que un desplazamiento, es desaparición. ¿Acaso sabía hacia dónde nos conduciría el deslizamiento? Ha errado, cada fin es un reinicio. Si el tiempo no existe, no nos pertenece, somos su periferia, gravitamos alrededor de una ilusión, ¿para qué o por qué? Hawking disolvió el tiempo en espacio, Einstein lo fusionó en una criatura espaciotemporal y Virilio lo aceleró hasta su implosión. Tiempo sin centro. Tiempo sin ahora. El asunto es la distancia, los pueblos originarios lo sabían, pero era otra epistemología.

Esta es una época en la que la gravedad es curva, una desviación del deseo, ¿qué será mañana? La normatividad de la tierra de girar por obligación se ha anulado, lo hace por fidelidad a una línea recta deformada; es la curvatura del ser. Una rectilínea en un espacio curvo parece jugar con nuestras nomenclaturas y posesiones. En la búsqueda de la ruta más corta que uniera dos tierras descubrieron, en el arqueo de los océanos, a la tierra sin medida, aunque la distancia de aquellos intrépidos difería, pues la distancia no siempre se trata de medidas.

Cada cuerpo, estrella, revoloteo, evita caer, pues obedece a una geometría que ignora la rectitud. La geodesia quizá se trate más que de líneas y curvas. La

gravidad es una pedagogía ontológica, una enseñanza a la que nos resistimos, que ha dejado de empujarnos para convencernos, porque las teorías más allá de comprender son el bastión de la disputa, allende de la diferencia, por ejercer el poder. Así, los agujeros negros dejaron de ser anomalías, son signos de puntuación del espaciotiempo, comas de densidad infinita, puntos suspensivos del conocimiento. En su frontera, el horizonte de sucesos, es ausencia de escape y carencia del retorno, evidenciando que la validez, como la luz, puede ser atrapada en formas ilusorias.

El agujero negro es también un anuncio de una sintaxis límite, esto hemos aprendido, la singularidad es un límite del lenguaje, ahí donde la densidad se hace infinita, las leyes callan. La frontera de lo decible es el anuncio del espacio del no-saber, la zona de la oscuridad, Wittgenstein debió entrever el agujero negro en el campo de batalla y en su cuaderno escondido. Penrose y Hawking amparados por épocas mejores, igualmente, nos mostrarán que existe un punto más allá del cual la razón tropieza, pues la ciencia roza su frontera semántica, la singularidad es indescriptible, se intuye como una herida en la textura del cosmos. Estamos en la época en que las cronologías se doblan y se guardan. El horizonte de sucesos es la piel de lo real, una membrana permeable a una caída sin retorno, en el cual la información se evapora y cualquier predicción colapsa.

¿Cómo deshacernos de una flecha del tiempo psicológicocuandofueinducidadurantedesplazamientos prolongados? Tres flechas señalan el tiempo y ninguna apunta al mismo lugar. La termodinámica dice que el desorden crece, ¿debemos aceptar que la mente recuerda el pasado, pero no el futuro? ¿Y si hubiera otra forma? ¿Qué hay de ese espacio-tiempo antiguo, del que hablaron mis ancestros y ancestras que nos llega en otro eco, que dice que aprendamos a caminar de espaldas al futuro para poder recordarlo a sabiendas de que el pasado es lo que está delante?

La entropía, nos dicen, es el universo que se expande sin contraerse, pues un estado ordenado se irá desorganizando, para finalmente, sucumbir en el caos, empero ¿quién le dio sentido al vector? ¿O cómo se lo dimos? Medimos el tiempo en la dirección en que creemos que el caos se propaga. Tal vez recordamos el pasado porque olvidamos lo que aún no sucede. Tal vez el tiempo es un síntoma de la entropía, un efecto de la vida y no su condición. Quizá debamos reconsiderar a Virilio y aceptar que el tiempo acelera hasta volverse colapso, accidente del presente.

El universo es juguetón, decide hasta que alguien mira. La mecánica cuántica es la teoría de las observaciones específicas. Cada medida es una elección entre posibilidades, una amputación del multiverso, Penrose lo sospecha cuando indica que hay algo

inestable en la superposición de geometrías, una inquietud ontológica que precede a la decisión. R y U, procesos cuánticos irreconciliables, representan el drama de lo observable. En un mundo donde el ser es fluctuación, la medida se fabrica. ¿Quién mide a quien mide? ¿Acaso la frontera aparecería por la necesidad de establecer un cálculo? El colapso es ficción necesaria.

Fronteras que dejaron de ser, porque el principio antrópico nos ha hecho dudar. Aquí la mayor de las obsesiones por los límites puede hallar su caducidad. Si la infinidad de lo posible es cierta, ¿por qué habitamos precisamente esta realidad?, ¿por qué entre todos los azares inimaginables, hemos hecho de esta suerte nuestra morada? Es probable que la respuesta se halle entrelazada con los caprichos, dado que la suma de las historias desborda los cálculos para transmutarse en una escritura de las entrañas. Pues, bueno, que entre todas las historias del universo, habitamos esta por necesidad ineludible, debido a que somos los testigos vivos de nuestra creación veleidosa. El principio antrópico es la historia de una existencia que es posible si alguien la enuncia, así que si la expresamos en sus formas contingentes, algo habrá que la sostenga. Si los organismos observan y los observadores condicionan la realidad nos desplegamos sobre la propia mirada, dentro de un gran ojo. En la vasta colección de mundos

posibles, nosotros somos la nota al pie que se volvió texto, somos la danza de las letras.

El universo sin frontera es una afirmación política. ¡Qué caigan también las delimitaciones geográficas y políticas que nos impiden caminar en esta tierra sin medida!, en este lienzo que nos deja habitar, habitarnos, para escribir. La abolición de la exterioridad es una amenaza. Hawking lo entendió, pues no necesitamos un afuera para explicar el adentro. Ante un planteamiento en el que el universo carece de borde, la tierra deberá seguir su impulso, pues la tierra es universo. La piel tampoco es nuestro margen, porque somos semejanza de la tierra y el universo. Esto, igualmente, lo entendieron los pueblos originarios. ¿Es que, acaso, es el momento de regresar a la casa de los abuelos y abuelas? Cada pensamiento conduce a recordar el futuro.

Lo finito implica curvatura, un condicional que busca transformarse en doble implicación. Lo infinito, por su parte, es una ilusión óptica del caminante. Dicho que la condición de contorno es la ausencia de condición, entonces es la completa libertad del ser, el borde que se reescribe desde adentro.

Lo que no se puede medir son las regiones inconexas, porque evitan conectarse, entonces deben calcularse. Por ello, los pueblos originarios han estado en constante escrutinio de dominación y cuando aprendieron de medidas de poder, delimitaron y ejercieron el control.

Las regiones inconexas del espacio-tiempo son como los secretos, existen, pero no afectan sus propias mediciones, pues ¿qué son los pueblos y naciones sino sus propios espacios-tiempos? Hawking y Foucault lo entreveían, en las estructuras que son imposibles de ver porque su relación es asimétrica, pero siguen ahí, moldeando la textura del mundo como silencios entre palabras. Afectan al dispersor si y sólo si están dentro de su región. Las zonas ciegas del mapa epistémico son la presencia de una ausencia activa, aunque también se elige desviar la mirada.

Las simetrías rotas son un equilibrio imposible, estar fuera del campo de visión supera el ignorar al otro, porque la afectación es posible en otros rangos. ¿Qué significa restaurar la simetría? ¿Acaso alguna vez existió? Cualquier relación implica una asimetría fundacional. ¿Darwin? La relatividad. Sin punto fijo, hay referencias en disputa. Virilio apuntó que toda aceleración es una caída, entonces, toda simetría es una espera en desequilibrio. Lo asimétrico también parece ser una condición. El espacio-tiempo escapa a la geometría euclídea, en cambio, es atrapada por la intensidad de la relación. La medida de poder reside en la forma en cómo se rompe la desigualdad.

La asimetría es una medida de las relaciones entre los pueblos y naciones, esta se ejerce en las relaciones que fundan las jerarquías, siendo cada uno, el punto

de referencia, de este modo, la solución se encuentra anudada en la interacción. El problema en el fondo es la falta de encuentro en la traducción epistémica. Las macroeconomías han fundado la velocidad, como medida política, sin embargo, la velocidad de los cuerpos puede cambiar en la percepción de los observadores, es más, dejar de ser el binomio aceleración/desaceleración. Una pregunta ha sido insistente durante mis largas jornadas de desvelo: ¿cómo establecer una relación simétrica sin medidas de poder?

Hasta aquí, viajero, ¿qué más podemos decir de lo indecible? Necesitamos otro lenguaje, otras palabras que, si bien, sean las mismas, tengan otro significado. Tomemos reposo que, en este movimiento, una pausa es asimismo una ilusión. Mejor escuchemos la música y la danza. Las cuerdas cósmicas, tensas hasta lo inconfesable, vibran como nervios del universo en colisión y, aprendemos en este performance, que la materia es más bien posibilidad. ¡Qué se abran los abismos que así, perdiéndonos, podremos encontrarnos!

La teoría de cuerdas canta la sinfonía de lo imperceptible, dimensiones enrolladas en espacios tan diminutos que escapan a nuestra intuición. Las cuerdas abiertas, cerradas, heteróticas, ejecutan su danza en una coreografía sin testigos. ¿Por qué estamos imposibilitados para ver las dimensiones extras? Porque no se crearon para ser vistas, sino para calcular

lo invisible, para concebir, para sostener un universo que apenas tolera su propia existencia. Las cuerdas son tiras de goma a punto de estallar que atraviesan el espacio cual cicatrices de un tejido más antiguo que la historia, en donde podemos seguir la danza con giros y saltos. Si se cruzan, permiten viajar atrás en el tiempo, aunque tampoco se trata de retroceder, sino de doblar la causalidad, de mirar sin miedo el futuro que hemos olvidado. Esta teoría es un pliegue narrativo que des-cosifica, conjunto de tensiones distribuidas en un espesor invisible, por ende, la danza canta entre las dimensiones, en un nanosegundo detenido entre las galaxias. Ninguna bitácora podrá registrarlo todo, ¿qué es la totalidad sino lo que somos?, me repito incansable cuando me compelo a continuarlo. El universo es una herida que nos recuerda que el pasado es una ilusión, mientras pretende estirarse hacia el porvenir. En la partitura del cosmos, las partículas son las cuerdas vibrando en once dimensiones.

En este festín incomprensible, nos encontramos de pie, en medio de un terreno implacable que nos muestra el túnel y vislumbra la figura detrás de una pared de humo. Cada partícula baila entre probabilidades, cada observación es una interferencia, un acto performativo. La mecánica cuántica nos enseña la inexistencia de los hechos, para afirmar las superposiciones. Feynman propuso caminos infinitos en donde cada partícula viaja

por todos ellos, simultáneamente. La elección es una suma. Al universo le es insignificante las leyes, obedece historias, y cada una es una vibración entre lo que pudo ser y lo que casi fue, esta es nuestra condena, viajero. ¿Podemos seguir viviendo con ello o hemos de morir para renacer en otras partículas que puedan ver el mundo sin cobardía? El instante, fórmula de los filósofos que han intentado escapar y danzar, pero que se han quedado en el borde, son nuestro aliento. ¿Asumirnos un soplo del sí mismo y la otredad es destruir lo construido? Diluyamos al yo y al otro, dejemos que las fronteras caigan y bailemos en colectivo, porque la piel es el espejismo de nuestra frontera. Dejemos que cada medida del tiempo cante su melodía, que cada cuerda suene a un ritmo diferenciado, para que, al transitar por las dimensiones, dancemos a diferentes estilos. ¡Qué los cuerpos se levanten y se desvanezcan entre el sonido! Seamos, ahora, sonido y movimiento.

Nocturnal

El universo es una partitura que traduce su propio lenguaje, un sistema de coordenadas sonoras, el mapa acústico que codifica las estructuras y formas. Las cuerdas en la lejanía nos hacen llegar su vibración. El sonido se aproxima, escucho a lo lejos sus tambores, en una resonancia expansiva. El retintín se propaga en

ondas que parecen empujar el vacío. El timbal marca el ritmo. El sonido se hunde en el pecho, los oídos son vanos. El pulso es repetitivo a intervalos regulares y rápidos, luego queda suspendido. Un instante después, se manifiesta un golpe seco que produce una fractura. El eco es cercano y resonante. El corazón desmesurado de un joven late contra la noche, empujando el silencio con cada golpeteo.

La materia, que se pensaba en la antigüedad, era sólida y puntual, es vibración en la vastedad, ahora lo podemos comprender. Escuchemos cómo cada partícula es una cuerda diminuta que vibra en patrones definidos, creando, recreando una orquesta infinita. Cada frecuencia es un género musical distinto que genera una partícula, una fuerza, una potencia de danza.

El cosmos es un conjunto de sinfonías, en las cuales cada pieza musical derrumba las paredes de las habitaciones. Viajero, crea una canción para mí, que por mi origen maldito me está impedida la música. Es posible que puedas llevar a fin esta tarea y compromiso. Las galaxias, los quarks, la gravedad misma, todo surge de un pentagrama oculto en las dimensiones más recónditas y en los seres más pequeños, porque para el universo nada es insignificante ni despreciable.

Haz que la canción surja en una cuerda vibrante que nos forme en armonía, para que esos filamentos generen campos y masas. La afinación de nuestra

realidad es, en el fondo, una afinación cuántica. La pieza que se conforma es la danza de las cuerdas, en donde la coreografía se mezcla con la totalidad y las partituras devienen intangibles. Aunque esta obra musical no exista fuera de su interpretación, poco nos importaría, porque el universo no existe sin la danza de sus cuerdas.

Ahora empinemos los pies. El ritmo es la métrica del orbe. Enderézate y que sea este el que nos guíe. En la danza, el compás es el pulso vital que organiza el movimiento, pero recuerda que este ritmo está dado por la frecuencia de la vibración, donde cada modo resuena en un compás propio, como si cada partícula bailara su coreografía interna, así que rehúye del abandono entre los sonidos. De este modo, podremos imaginar la expansión del universo como un *crescendo* orquestal, un *accelerando* desde aquel punto de inicio inventado por la historia hacia la polifonía sideral. Al momento, la gravedad marca el compás: atrae, retiene nuestros cuerpos, establece tensiones como un director de orquesta. Lo seguimos, como si siempre hubiéramos sabido qué hacer. No hay determinismo, sin embargo, esta será nuestra certeza, volvernos uno con el universo. Al ser totalidad, entendemos que *esto ya lo hicimos mañana*. Cortázar estuvo más cerca incluso que Spinoza, sobre lo que pueden nuestros cuerpos espacios-tiempos.

Conforme sentimos que nuestra piel ha dejado de ser frontera, igualmente, percibimos los átomos, cada uno siendo un bailarín diminuto que ejecuta variaciones dentro de una métrica-universo, un compás en once, doce, trece... dimensiones donde las pausas y las aceleraciones generan materia, espacio y ¿tiempo? Espacio y desplazamiento.

Una *línea recta miente*, nos lo dijo el filósofo arbóreo y danzante; nos lo rectificó la ciencia. Por ello, esta música, es una melodía en una sucesión de alturas en el desplazamiento, mientras la danza es un trayecto del cuerpo haciendo mover al espacio. Somos espacio y desplazamiento, trazando letras invisibles que se entrelazan como contrapuntos de Bach o improvisaciones de jazz. Cada cuerda describe un fraseo único, un motivo que, repetido y transpuesto, da lugar a galaxias espirales y cúmulos cuánticos.

Cuando bailamos, cuando somos danza, somos también una cuerda macroscópica que dialoga con la melodía, sólo que somos impostores de la invención del movimiento, lo descubrimos en la gravedad, en la resistencia del aire, en la memoria de los músculos. Debemos dejarnos llevar, para comprendernos. Así, nos convertiremos en las hélices de los bucles interconectados del espacio y el desplazamiento, para ser espirales que se fusionan. La resonancia de nuestros cuerpos es la armonía asimétrica.

La armonía está allende de la suma de sonidos, de una geometría perfecta, de las matemáticas puras, también la constituye lo caótico, lo despreciable y la antítesis; es la interacción, desde la cual dos notas pueden chocar, fundirse, repelerse, generar disonancia o consonancia. La teoría de cuerdas postula que las cuerdas vibrantes constituyen las partículas portadoras de las fuerzas fundamentales, es decir, la vibración misma articula la materia y el movimiento en el espacio. Así en la danza, la armonía se manifiesta en el dueto, en el entrelazamiento de cuerpos que sincronizan sus impulsos, dos bailarines girando, contrapesándose, crean un espacio compartiendo la energía que se distribuye en las dos partículas entrelazadas, generando el desplazamiento.

La armonía es de este modo, un tejido de resonancias. Cada cuerda modifica el campo de las otras; cada cuerpo, modifica la danza de su entorno. Dejemos de “creer” que el sonido y el movimiento son islotes, y “conozcamos” que todo es relación. Aunque... quizá, nos convenga improvisar, porque el cosmos sabe bien de imprevistos y espontaneidades. Mis abuelos y abuelas lo sabían bien, por ello, elegían a intérpretes del cielo que estuvieran atentos, para que movieran los registros espaciotemporales.

Nos engañamos al creer que toda música está escrita, encadenada a un pentagrama; que toda danza está coreografiada, obedeciendo marcas en el piso;

es lo contrario, el universo mismo improvisa. Las fluctuaciones cuánticas son riffs inesperados, variaciones fugaces que, como en una improvisación de jazz, abren caminos insospechados. Igualmente, la danza sabe de espontaneidades, a partir de impulsos internos que responden al entorno con libertad. Hagamos de esta danza un cuerpo que improvisa y hagamos de este espacio un campo de posibilidades, en donde nuestros prejuicios se pierdan a través de los senderos antiguos que nuestras historias bélicas borraron.

Dejemos que esta nueva melodía nos interne en el caos, aquel generador de nuestro fundamento, porque el caos es el órgano en (re)formación constante. Este jazz etéreo toca escalas incomprensibles, pero sostiene la sinfonía que habitamos y somos. Ahora seamos música, cuerpos resonancia. Al danzar, escribimos en el universo, cuando somos danza creamos un campo de posibilidades; al escuchar la música, la vibración se vuelve nuestro pulso; cuando somos música, somos sistema vibratorio. Ser danza es, en última instancia, afinarse con la totalidad; ser música es recrear la partitura invisible que sostiene la vastedad. Somos universo, una sinfonía y su danza, mas cuando lo olvidamos nos volvemos sus intérpretes, somos las cuerdas menores danzando entre cuerdas infinitesimales que pueden reconocer a sus mayores si dan cuenta sobre su propia creación y, aunque, sea imposible escuchar la partitura

original, nuestros cuerpos la recordarán en el instante en que vibren al unísono.

La aurora prima

Danzar entre las estrellas ha sido un acto fallido, voluptuoso placer que huye de sus temores. Aquí, en otro tiempo, representaba la dicha; hoy, es una huida vergonzosa. A cierta edad, perseguir fantasías para eludir realidades crea pusilánimes y mezquinos, manchas que permanecen eternas para nuestros ancestros y descendientes. Necesitamos el tiempo, por lo menos para seguir hablando. ¿Necesitamos más tiempo para recoger las ruinas? Para tener mayor espacio en esta lucha de legitimidades, ¡veamos cuál es el mejor relato!

La luz se derrama en cámara lenta. La escritura-captura ha ralentizado nuestros relojes para obtener la pose perfecta entre experiencias. En un par de clics tenemos lo que en otra habitación hubiera sido un desgaste. Nuestras mentes, asimismo, deben seguirle el paso a la aceleración. Velocidad, es lo que nos inoculan.

Observo a mi alrededor, el mundo se incendia, los impuestos aumentan, los asesinatos también; los desaparecidos son una afrenta a nuestra dignidad y miedos. A este sistema político que me sostiene, lo aborrezco por el terror que me inflige todos los días,

a todo momento. He dejado de dormir. Tantas voces congregadas, tantas manifestaciones por mejorar nuestras vidas, tantos que desean silenciarnos y, por si fuera poco, la incertidumbre. En un punto infinitesimal somos nada y todo.

Infinito rizoma, ¿qué nos depara esta habitación? ¿El futuro que hemos olvidado y el pasado que vamos a vivir? ¿Acaso existe el conocimiento? Hay travesías y caminos entrecruzados. La filosofía en su afán unificador gestó la ciencia como un orgulloso y gallardo joven que ha madurado negando la multiplicidad, cuando claramente está tejida por ella. Ha fallado en la urdimbre para crear un sistema, aunque su amor por el ejercicio del poder la ha convencido, ha hecho un mapa de constelaciones, heridas, iluminaciones instantáneas y gestos que producen enemistades. El sujeto del saber se desvanece y se aferra a la vida, matando a hierro caliente lo que ama. No hay saber, hay flujos del saber. Pensar significa dejar de sostener, es aprender a soltar.

En este desorden de tipologías espaciotemporales, un momento y otro son intercambiables. Las torpezas y omisiones nos han rodeado. El eterno retorno es la simulación de la búsqueda imparable por la cola de la serpiente, el cual podemos resumir en la frase del arqueólogo del saber: *un mundo circular de los signos convergentes*, donde los signos están interconectados. Las mediciones del tiempo se diferencian, por lo que

es la forma de entendimiento lo que está en medio del gran juego. ¿Lo comprendes, viajero? Somos este vector extendido llamado “tiempo histórico”, somos también nuestros anhelos teleológicos y esta flecha del tiempo psicológico, que nos avienta en línea recta, cuando sabemos bien que miente. Alteración y deslizamiento en los intereses, redistribución espacial y de los pensamientos, es lo que conllevan las guerras, porque han estado presente en el proceso del conocimiento. Sí, se exigen mecanismos de compensación para la equivalencia epistémica de sentidos, pero son carcajadas para la *vox populi*.

Estamos en el vértice, ante una historia legitimada de lo qué es el conocimiento, cuando el cielo fue ocultado y su lenguaje sustituido por el de la humanidad en busca de un sentido que se encerró en sí mismo, negando posibilidades. El saber debería estar imposibilitado para cerrarse, por el contrario, estar motivado para ser una puerta que se extiende, que nos permite ser el mundo, como un horizonte que migra, un poema que se escribe al pronunciarlo y se borra en el mismo suspiro.

Atrapados y libres en medio de los espacios-tiempos, se muestra un lenguaje sustentado en binomios, en una dialéctica que busca encontrar la síntesis como referencia, limitado a ir tras el azar, pues se gesta en el (des)orden que soslaya reconocer.

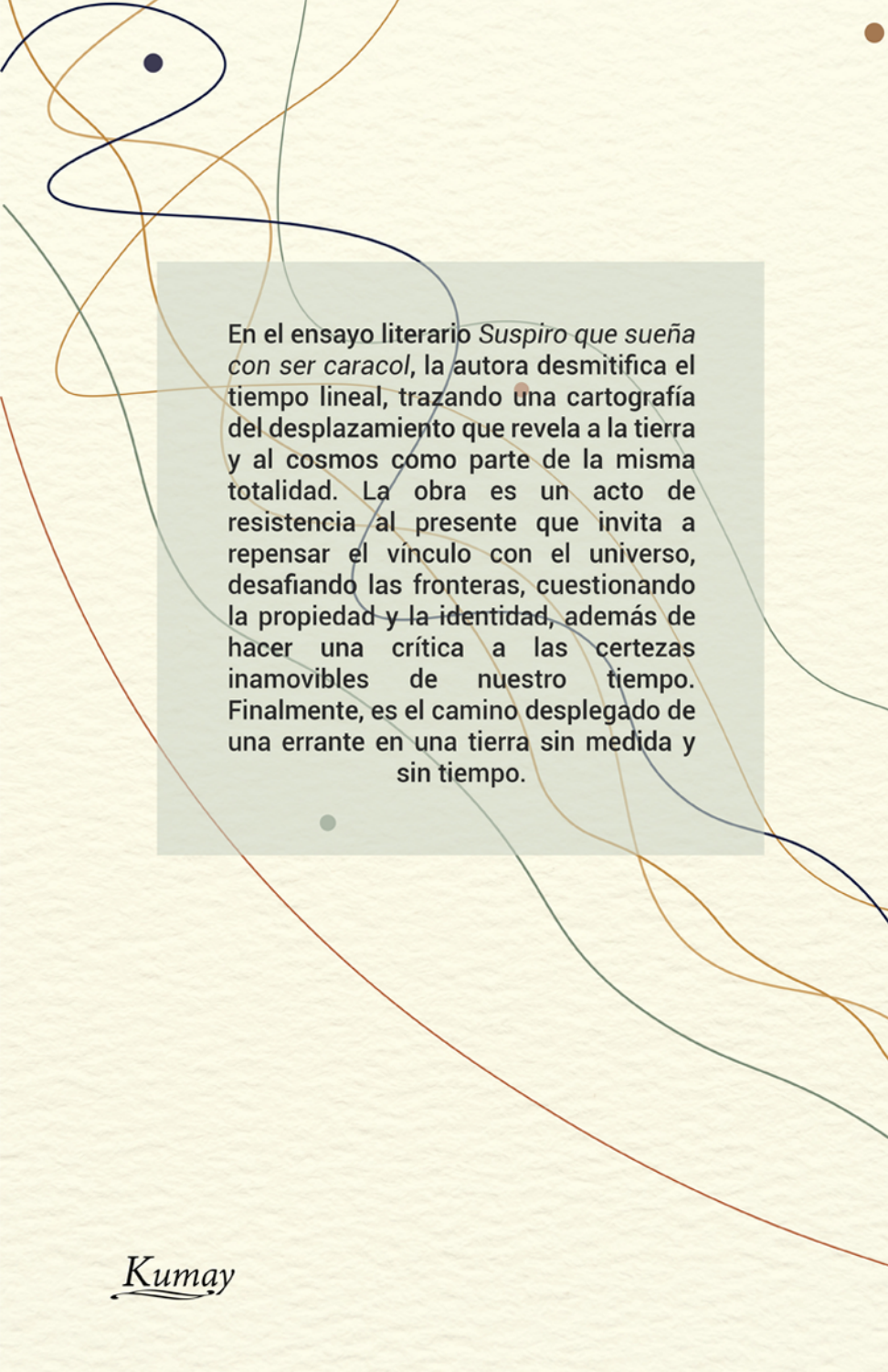
El universo carece de un origen. Un tiempo y un lugar en específico son nuestras exigencias para asentar la identidad, sin embargo, necesitamos desenvolver el ombligo para comprender que la espiral conforma un músculo vivo, es decir, un corazón, cuya forma y mecanismo hacen posible la generación de la totalidad. El maravilloso remolino que se forma en el nacimiento es el lazo que nos une con el cosmos, que nos recuerda invariablemente qué estamos unidos al sí mismo, al todo.

Dime, viajero, a dónde iremos, si estamos a la deriva. El discurrir nos ha perdido. El recorrer el tiempo nos afirma los equívocos. Este es nuestro momento, discurrir sin concederse reposo. Las ilusiones del desplazamiento siempre son continuas e insistentes, porque la transformación es inevitable. En estas calles plasmadas de ruidos y violencias encubiertas, hoy, hoy qué se busca. ¿Cuándo hemos sido una nación? Desplazados, cuyos cuerpos extraños son, con dificultad, identificables. Nos hemos acostumbrado a ciertos cuerpos extraños, pero a los distantes los hemos condenado a miradas circunspectas, apenas reconocibles, hallados en fosas. Los pasos, estimado compañero del camino, se van secando, el sendero se vuelve solitario, las despoblaciones se acuñan a través de los excesos.

Si las espirales se mueven en ambos sentidos, entonces habría otro universo girando hacia el lado

contrario, con la flecha del tiempo yendo hacia el pasado, contrayéndose. ¿Esto ayudaría a reafirmar la idea de determinismo? De ningún modo. Ambas hélices jugueteando y moviéndose en una danza, como las hélices del ADN, nos mostrarían el baile que se configura y reconfigura de manera constante. La manera tan azarosa de movernos es lo que a final de cuentas nos cautiva, por ello, sociedades han intentado asir lo inexplicable, del mismo modo que otras, han querido seguir su trayectoria.

Los universos se mueven en diferentes direcciones. Ir en contra de una dirección, es como recordaremos el futuro, en cambio el pasado sería el porvenir. ¿Y estaríamos dirigidos por el desorden? ¿Desaparecería la medida? Caminante, ¿cómo se transitan concepciones-mundo? ¿Acaso podemos, sin caer en la locura? ¿Sin volvernos poemas de romances? Intentémoslo. Pretendamos ser errantes de mundos (in)descubiertos.



En el ensayo literario *Suspiro que sueña con ser caracol*, la autora desmitifica el tiempo lineal, trazando una cartografía del desplazamiento que revela a la tierra y al cosmos como parte de la misma totalidad. La obra es un acto de resistencia al presente que invita a repensar el vínculo con el universo, desafiando las fronteras, cuestionando la propiedad y la identidad, además de hacer una crítica a las certezas inamovibles de nuestro tiempo. Finalmente, es el camino desplegado de una errante en una tierra sin medida y sin tiempo.